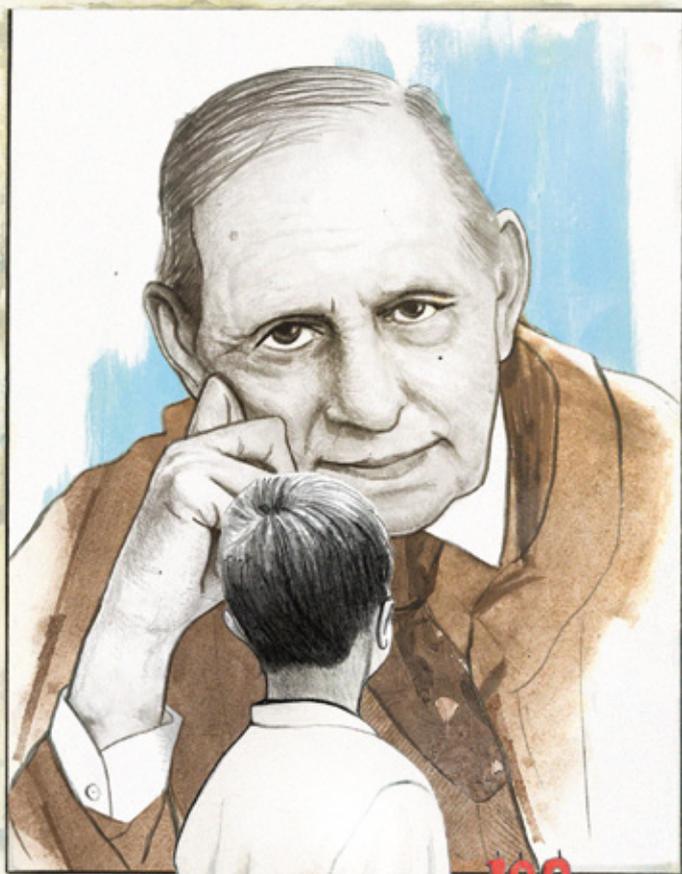


# Miguel Delibes

Cien años inventando personajes

Ramón García Domínguez



ANAYA

1.ª edición: febrero 2020

© Del texto: Ramón García Domínguez, 2020  
© De la ilustración: Albert Asensio, 2020  
© De la fotografía de la página 86: *El Norte de Castilla*  
© Del resto de fotografías: Fundación Miguel Delibes.  
AMD, 121, 26; 120, 11; 121, 53; 120, 58; 126, 14.1.  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2020  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)  
e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-6574-3  
Depósito legal: M-36812-2019  
Impreso en España - Printed in Spain



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# Miguel Delibes

Cien años inventando personajes

Ramón García Domínguez

*Ilustración:*  
Albert Asensio

ANAYA

## Índice

Presentación. Cien años .....	11
1. Pedro, mi amigo melancólico .....	13
2. Daniel, el Mochuelo .....	16
3. Manolo, el poeta .....	22
4. El Nini sabelotodo .....	26
5. El Senderines y su corpulento padre .....	30
6. Isidoro con su cara de pueblo .....	35
7. Gervasio y su <i>ostento</i> .....	39
8. Mis amigos más amigos .....	44
9. Mi amiga bicicleta .....	49
10. Quico, el pequeño príncipe .....	55
11. Mis siete hermanos y yo, ocho .....	59
12. Mi fiel amigo <i>Boby</i> .....	64
13. Mi pacífico amigo Pacífico .....	67
14. Sisí y Luis María, dos amigos y una guerra ....	72
15. Cipriano, mi último amigo .....	77
Epílogo .....	85
Dos notas finales .....	94

*Para la niña Savina, que bien podría convertirse  
en un personaje infantil de Miguel Delibes,  
y hasta participar en la fiesta de su centésimo  
cumpleaños que en este libro se cuenta.*

## Presentación

### CIEN AÑOS

Miguel, el niño Miguel, Michi para la familia y amigos, ha cumplido cien años.

Y por eso ha reunido a un puñado de amistades de toda la vida para festejarlo. Para celebrar con ellos su fiesta de cumpleaños. ¡O más bien su fiesta de cumple-siglo, porque en 2020, insisto, ha cumplido Miguel cien años de edad, un siglo de edad!

—¡Eh, eh, quieto ahí! Ni sé quién eres ni sé por qué te metes donde no te llaman. Me basto y sobro para contar yo mismo cómo ha sido la fiesta, mi fiesta, y quiénes fueron los invitados.

Así es que empiezo de nuevo: me llamo Miguel, Miguel Delibes, mis hermanos suelen llamarme Michi, y en el año 2020 he cumplido cien años. Un siglo redondo y bien redondo.

¿Que si mis amigos tienen los mismos años que yo? Pues más o menos...

Pero ahora lo que me importa son dos cosas: la primera, proclamar y recalcar que he cumplido cien

años: nací en 1920 y ya ha llegado el año 2020. Por lo tanto...

Y la segunda cosa que me importa, tanto o más que la primera, es que he preparado una fiesta de cumpleaños que va a hacer historia. ¡Un fiestón que ninguno de mis invitados olvidará jamás!

Y ahora lo que quiero es seguir emborronando las hojas de este cuaderno para contarlo todo de pe a pa. ¡Que para eso he sido escritor a lo largo de toda mi vida, que lo sepas!

Ah, que no se me olvide: todo lo que cuente aquí de mis amigos ya lo fui contando, de una u otra manera, en mis libros. Ahora será como recopilarlo y recordarlo con nostalgia, pero también con mucha alegría. Mucha, mucha, mucha alegría.

## 1. Pedro, mi amigo melancólico

A lo largo de toda mi vida he tenido muchos amigos. ¡Uf, incontables!

Y me apetece mucho hablar ahora de ellos. Recordarlos. No a todos, claro, que eso llenaría hojas y más hojas. Solo voy a hablar de los que más han significado para mí y a los que por eso he invitado a mi fiesta de cumpleaños.

Unos son amigos de carne y hueso y otros son amigos... ¿cómo diría yo? ¿Literarios? ¿Se entiende lo que quiero decir si digo amigos literarios? Yo creo que sí.

O también podría llamar amigos de carne y hueso a los unos, y amigos de «papel», amigos de libro a los otros. Y mira: voy a empezar precisamente por estos segundos. Aunque a lo mejor luego se mezclan y revuelven los unos con los otros, ya iremos viendo. Debo confesar que no tengo un plan muy... definido.

Pero el primero en llegar a mi fiesta de cumpleaños fue Pedro. Pedro había nacido en Ávila, la ciudad de las murallas, y es un chico muy sensible, yo diría que hasta pesimista. Aunque no es para menos, la vida le ha tratado mal, muy mal. Porque no hay cosa más triste y

terrible en la vida que perder a la persona a la que más quieres.

Y eso le pasó a él. Pedro perdió a su amigo Alfredo, a quien quería con toda su alma. Eran los dos como uña y carne. Alfredo murió de una aguda pulmonía, propia, al menos en aquellos remotos tiempos, de la fría ciudad de Ávila.

Una noche de invierno, con toda la ciudad cubierta de nieve y con una luna brillante y redonda como un queso, decidieron ambos amigos hacer una excursión a un altozano con un templete de cuatro columnas de piedra, al que todos llaman los Cuatro Postes, y aquella aventura nocturna le costó la vida a Alfredo.

Pedro opina y ha opinado siempre que es más insufrible perder a un amigo que morirse uno mismo. Así se lo he oído más de una vez y más de dos. También suele decir que con cada ser querido que se te muere, a ti también se te muere una parte de ti.

La pérdida de su amigo Alfredo fue hace ya mucho, mucho tiempo, y en mi fiesta de cumpleaños Pedro ha estado bien, sereno, aunque siempre con un punto de melancolía y un poso de tristeza. De todos los amigos que he tenido a lo largo de mi vida y a lo largo de mis libros —los que yo he escrito y los que he leído—, es Pedro, sin duda alguna, el más melancólico.

Bueno, sigo, ¿quién más ha venido a mi cumpleaños? Intentaré que no se me olvide nadie. ¡¿Pero qué estoy diciendo?! ¿Cómo se me van a olvidar los amigos

que estuvieron en mi centésimo cumpleaños? Ni los de carne y hueso ni los de «papel», los literarios. Uno por uno los recuerdo a todos.

Y ya que he empezado con el melancólico Pedro, voy a seguir con otro amigo de «papel» que también asistió a mi fiesta. Se llamaba y se llama Daniel.



## 2. Daniel, el Mochuelo

Algunos de mis amigos, tanto los de carne y hueso como los que he dado en llamar «literarios», han tenido y tienen un apodo. Un mote, quiero decir.

Aún me acuerdo, y mucho, de un compañero mío de colegio, del colegio de Lourdes de Valladolid, que se llamaba Ladislao García, pero al que todos llamábamos Ladis. Era un experto con el tirachinas, el mejor de todos. No había blanco que se le resistiese. Donde ponía el ojo ponía el proyectil del tirachinas. Sin fallar jamás.

Aunque estoy hablando de apodos, de motes, y ahora que lo pienso Ladis no era un mote, era solo una abreviatura de su nombre de pila. De Ladislao, Ladis.

El que sí era mote, y bien... expresivo, era el de mi segundo amigo literario que ha estado también en mi fiesta de cumpleaños. Me refiero a Daniel, un chico de pueblo del que me hice amigo en unas vacaciones de verano. Y a quien todos, en el pueblo, llamaban el Mochuelo. Daniel, el Mochuelo. Nombre y apodo siempre juntos, como si el mote fuera su apellido.



¡Uf, es que en los pueblos, cuando yo era chico, y yo diría que todavía ahora, aunque menos, en los pueblos, digo, de un mote no se libra nadie o casi nadie!

Los otros dos amigos más amigos de Daniel, sin ir más lejos, se apodaban el Moñigo y el Tiñoso. No voy a fijarme sin embargo en tales apelativos ni en su significado, pero sí en el de Daniel. ¿Por qué le pusieron en el pueblo el sobrenombre de Mochuelo?

Pues quizá por su manera de mirar las cosas, manera que Daniel aún conserva. Fija la mirada casi sin pestañear, muy concentrado en lo que ve, con cara de asombro y casi, casi de susto. Sí, eso es. Tiene los ojos redondos y grandes y mira... ¡pues eso, como un mochuelo! Dicho queda.

Y volviendo al trío de amigos del pueblo donde yo veraneaba, lo formaban Daniel, el Mochuelo, Roque, el Moñigo y Germán, el Tiñoso. Un trío inseparable. Yo al que más he conocido ha sido a Daniel, aunque también corrí alguna que otra aventura, por no llamarla travesura, o mejor aún trastada, con los tres juntos, en algunas de mis vacaciones veraniegas en su pueblo.

Luego Daniel, el Mochuelo, se vino a estudiar a la ciudad y es cuando nos hicimos más amigos, y por eso ha estado en mi centésimo cumpleaños. Y precisamente en esa fiesta recordamos juntos algunas aventuras del pueblo, y en especial una de la que yo fui testigo.

Salimos una tarde de verano a dar un paseo por los alrededores de la aldea y recuerdo ahora mismo, como

si lo tuviera delante, el gigantesco Pico Rando, dominando el valle. No había lugar en todo el pueblo desde donde no se divisara el Pico Rando.

Pero a lo que iba: andábamos de paseo de aquí para allá cuando, de pronto, se le ocurre a Roque el Moñigo, la idea más descabellada que yo había escuchado nunca:

—¿Vamos al túnel? —preguntó de repente.

—¿Otra vez? —replicó Germán el Tiñoso.

Y es que al túnel iban los tres amigos con alguna frecuencia. Se metían dentro, en lo más oscuro, y esperaban, impertérritos, el paso del tren mixto o de algún otro tranvía.

—No, otra vez no —contestó, tajante, Roque—. Esta vez va a ser distinto, un nuevo experimento. Vamos a esperar al tren dentro del túnel y además en cuclillas, con los pantalones bajados y haciendo de vientre.

Hubo un silencio interrogativo e incrédulo de todos los presentes. Incluido yo. Aunque yo no dije nada, no solía meterme en los asuntos de aquellos muchachos; yo al fin y al cabo era un forastero. Ellos mismos trataban siempre de protegerme y ni siquiera me dejaron entrar en el túnel, no me fuera a pasar algo y les echaran a ellos la culpa.

Fue Daniel, el Mochuelo, el que puso algunas pegas a la ocurrencia de Roque de hacer de vientre mientras pasaba el tren.

—¿Y el que no tenga ganas...? —dejó caer.

**M**iguel Delibes cumpliría cien años, y si todavía siguiera vivo lo celebraríamos. Esto es lo que ocurre en este libro, Delibes quiere hacer una fiesta de cumpleaños y para ello invita a un puñado de amigos, entre los que están unos cuantos protagonistas, infantiles y juveniles, de sus novelas.

Delibes fue, ante todo y sobre todo, un gran inventor de personajes literarios. De los que él mismo dijo: «Mis personajes son, en buena parte, mi propia biografía».

Y son ellos ahora, junto con el novelista y con el autor de este libro, quienes te invitamos también a ti, lector, a que te unas a la fiesta del centenario.



1562538

ISBN 978-84-698-6574-3



9 788469 865743

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

**ANAYA**